

Karen Amstrong-Teóloga:Una historia de Dios

Gozo más del alma que de la carne

02/10/2007 - Autor: Lluís Amiguet - Fuente: La Vanguardia

- Cuando yo tenía 17 años, lo único que podía hacer una mujer era vivir para el hombre: servirle el té tras el trabajo y darle niños sanos y fuertes... O hacerse monja.

- ¿Por eso se hizo monja?

- Y porque creía que la vida espiritual acabaría con mi confusión de adolescente y que encontraría la iluminación y la paz.

- ¿Y...?

- Por supuesto, no me ocurrió. En el convento deconstruyeron mi personalidad como hacen con los reclutas en el cuerpo de marines: te machacan el ego para que te conviertas en uno más del grupo y obedezcas.

- ¿Eso no es bueno para crecer de espíritu?

- Para crecer como persona, hay que trascender el ego, pero no humillarlo. En un convento estás todo el día autoexaminándote y eso significa, en el fondo, estar pendiente de ti misma todo el tiempo: poner tu ego por delante. Y el propio ego te impide ver el todo.

- ¿No aprendía nada en el convento?

- Se convirtió en una rutina sin sentido, así que siete años después lo abandoné y me fui a estudiar a Oxford. Empezaba el año 1969 y la juventud se ponía en marcha, yo también.

- ¿Cómo?

- Saqué matrículas en todo y después escribí una tesis monumental sobre poesía inglesa, pero me la tumbó de forma insólita un miembro del tribunal, ya famoso por arruinar carreras académicas. Se montó un gran escándalo y salimos en los periódicos.

- ¿Qué sucedió?

- Los hombres de mi época no soportaban a una mujer inteligente: simplemente no entraba en sus esquemas, pero revisaron la nota y me dieron la razón y le desautorizaron.

- ¿Y él qué obtenía con suspenderle así?

- Nada. Perdió la mayor parte de su vida arruinando la de los demás. Pero su propio pecado es su castigo: nadie le devolverá esos años que malgastó en despreciar a otros.

- ¿Y usted encajó bien el contratiempo?

- Yo comencé a sufrir ataques de epilepsia hasta que al final abandoné la universidad y me puse a dar clases en un instituto. Me derrumbé: era como volver al convento.

- ¿Cómo se hizo teóloga?

- A los 37, la epilepsia me dejó sin clases, Escribí un libro sobre mi vida de monja y, cuando lo promocionaba en la tele local, me vio un productor de Channel 4 y me fichó para una serie sobre san Pablo en Israel.

- No suena a éxito de gran audiencia.

- ¡La tuvo! La televisión siempre sorprende a quienes creen conocerla. Yo me pasaba horas sentada sobre unas ruinas en Palestina hablando de religión... ¡Y era líder de audiencia! A los británicos les encantaba verme despotricar sobre cómo la Iglesia había desactivado el espíritu rebelde de san Pablo.

- ¿Cómo ha cambiado la tele!

- Empecé a explicar desde Israel todos los trucos de las jerarquías religiosas para convertir los grandes misterios de la humanidad en rutinas de obediencia. Y la gente se enganchó a nuestros relatos. Y, sobre todo, eran baratísimos de producir.

- ¿Hasta cuándo duró su fama?

- Hasta que me atreví a hacer entrevistas: yo era muy mala entrevistadora porque creía saber más que el entrevistado. Y al final, perdí el programa, pero en Israel había contactado con las tres grandes religiones y, al volver a la soledad de mi casa, releí aquellos textos de los que me había reído en la tele... ¿Ha intentado leer alguna vez un texto religioso?

- A veces he hojeado la Biblia.

- ¿Y no le parece ridícula?

- Hay pasajes ciertamente anacrónicos.

- Los textos religiosos dan risa si se miran con los ojos de la razón, que era lo que hacía yo hasta que una nota a pie de página de un estudioso del Corán me abrió los ojos: "Éste texto - decía- debe leerse como se escribió: con mentalidad prerracionalista".

- ¿En qué sentido?

- Leer esos textos sagrados es como leer poesía: no se trata de racionalizarla, sino de sentirla. No se pueden explicar, porque explican lo inexplicable. Por eso, cuando una Iglesia reduce la religión a una serie de normas sin experiencia ni goce la mata.

- Y usted quería sentir antes de obedecer.

- Al entender y revivir lo vivido por aquellos hombres que hablaban del espíritu hace siglos, empecé a curar mi dolor y mi rabia y a encontrar mi paz interior.

- ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

- ¿Si tenía vida sentimental...? Sí.

- ¿Y sexual?

- Tuve un gran amor que fue muy intenso y después vino y volvió y se fue y volvió durante unos años. Pero ninguno de mis romances tuvo continuidad, porque de haber sido yo la pareja de un hombre, no podría haber hecho nada más.

- Tal vez es usted muy drástica.

- Los hombres de mi generación son así. Tal vez los más jóvenes ahora puedan vivir con una mujer sin robarle el alma, pero entonces era imposible: estabas a su servicio.

- ¿Cómo concilia usted la vida del espíritu con las urgencias de la carne?

- Hace diez años que vivo sin relación, pero dudo que el pequeño placer que obtuviese me compensara de la servidumbre de pertenecer a un hombre. Con la religión he logrado destellos de goce más libre y cierto.

- ¿Qué religión le aporta más?

- Ibn Arabi, el místico sufí, explica que Dios no puede confinarse a una sola fe.

- ¿Entonces...?

- Del budismo, esa religión sin Dios, me quedo con su práctica; del judaísmo con sus eternas preguntas que no admiten respuesta definitiva de ninguna jerarquía, y de Confucio con la moral práctica: No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti.

Webislam